



www.loqueleo.com/es

© 2019, Mónica Rodríguez Suárez

© 2019, Marta Sevilla Rubio

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-345-0

Depósito legal: M-14.364-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Mi tío, Reina Mora, Nijinsky y yo

Mónica Rodríguez

Ilustraciones de Marta Sevilla

loqueleg



NUEVA ORLEANS



ROMA



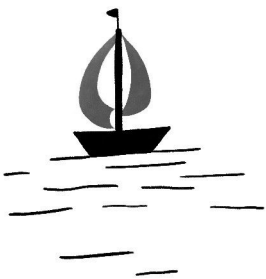
PARÍS



DAKAR



BUENOS AIRES





PRAGA

ESTAMBUL

KIOTO

SÍDNEY

Rudolfinum

Mi tío viaja de ciudad en ciudad. Se sube a un escenario y luego a otro. Las luces le dan de frente. Todo el mundo le aplaude. Le aplaude mucho, a rabiar, y entonces él mueve con delicadeza una mano y lanza un beso al aire, allí, a la platea, donde estoy yo, colorada de la emoción.

7

Mi tío es bailarín. Es el mejor bailarín del mundo.

—No, el mejor no —dice él muy serio—. Nijinsky era mejor. Dónde va a parar.

Luego me explica que Vaslav Nijinsky tenía huesos de pájaro y muslos de acero. Y que por eso saltaba como saltaba, deteniéndose en el aire. Casi volando.

Mi tío también salta así. Coge impulso, estira una pierna y, de pronto, se eleva. A veces queda suspendido en mitad del salto. Un día se quedó tanto tiempo allí arriba que se comió una tarta y todo porque era mi cumpleaños. Después bajó y dijo:

—¡Qué rica estaba la tarta!

8 No se dio cuenta de que todos le miraban pasmados. Yo, como estoy acostumbrada, no le di importancia. Mi tío me cogió de la mano.

—Y ahora tu regalo, Anita.

Me llevó corriendo por la ciudad. Estábamos en Praga, así que cruzamos el río Moldava, el reloj astronómico, la plaza vieja, el barrio judío y, al fin, mi tío se detuvo, cogió aire y dijo:

—*Voilà!*

Que significa «he aquí» en francés. Mi tío sabe muchos idiomas. Sobre todo francés. En ballet los pasos tienen nombres en francés.

Yo miré el edificio enorme que señalaba, con sus grandes ventanales, su balaustrada, sus banderas y sus estatuas de músicos famosos.



—Rudolfinum —anunció mi tío.

—¿Rudolfinum?

—Exacto. Así se llama este edificio en honor a Rodolfo de Habsburgo, que se suicidó o le mataron, eso no se sabe bien.

10 Tiró de mi mano y entramos. Tenía un *hall* inmenso y una escalera doble, en forma de zigzag. El techo era de cristal. Por él caían cascadas de luz.

—Mi amigo Ivan —me presentó mi tío, señalando a lo alto.

Ivan estaba al final de la escalera. Tenía un violín. Nos saludó muy contento. Y entonces, a una señal de mi tío, Ivan se puso a tocar. Todo se llenó de música luminosa y elástica. Mi tío me ofreció la mano y nos pusimos a bailar.

Giramos, saltamos, cabrioleamos. Mi tío me elevó por los aires y dio vueltas. Sus pies sonaban sobre el mármol. Todo giraba con él. La luz, la música, las escaleras, Ivan, yo. El mundo dando vueltas a nuestro alrededor.

Al fin se detuvo y sudábamos.

—¿Te ha gustado?

—Muchísimo.

Sonrió muy contento. Me dio la mano y salimos del Rudolfinum.

—¡Ahoj, Anita! —gritó Ivan, desde lo alto de la escalera.

Agitó la mano con el arco del violín.

11

—¡Vuelve pronto!

—¡Adiós! —dijimos nosotros.

Y el viento y la luz nos rodearon. También los coches. Y los guardias de seguridad. Tocaban el silbato y gritaban en checo con cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa, tío?

Mi tío se puso colorado. Tuve que enfadarme. A veces mi tío es un desastre.

—¿A que no has pedido permiso para bailar en el Rudolfinum?

—Es que...

Pero no pudimos lamentarnos. Había que correr. Mi tío me subió a sus grandes espaldas

y en dos zancadas estábamos al otro lado del río. Yo sé que no está bien, pero nos reímos.

—La próxima vez pido permiso —dijo mi tío.

Y volvimos a reírnos. Escaparnos de los guardias también había sido muy divertido. Sin duda, aquel fue mi mejor noveno cumpleaños.

El sultán tulipán

Mi tío no quiere que nadie lleve sus cosas. Cuando llega a una ciudad va arrastrando sus maletas él solo. Como es muy fuerte, no tiene problemas. Y eso que son muchas. A veces se detiene, las deja amontonadas y aprovecha una barandilla o una ventana para hacer estiramientos. Apoya el pie en el alféizar. Con la pierna de arriba muy recta, se dobla y se estira. Se estira y se dobla. Los tendones y los músculos se tensan como cuerdas. Da gusto verle. Mucha gente se para a mirarle, pero él no se da cuenta. 13

A veces sus maletas amontonadas estorban el tráfico. Los guardias le reprenden. Mi tío no se lleva bien con la autoridad.

—Es que soy un alma libre —dice con ojos brillantes.

—Pero, tío, no puedes abandonar tus maletas por ahí y ponerte a ensayar en las ventanas —le reprocho.

—Un bailarín no debe dejar nunca de practicar —se defiende—. Aunque sea en las ventanas.

14 Después seguimos nuestro camino al hotel. Mi tío me va explicando la ciudad:

—Mira, esa cúpula es la basílica de Santa Sofía. Y esa es la mezquita azul. Y aquel, el palacio de Topkapi.

Los dos miramos extasiados. Un aire húmedo nos llega de las aguas del Bósforo. Estamos en Estambul.

—Y ahora viene lo mejor —dice entonces, guiñándome un ojo.

Doy palmadas de alegría.

Dejamos todo en el hotel y vamos corriendo por las calles de la ciudad. Hay árabes, vendedores ambulantes, tranvías, gaviotas. Corremos al Gran Bazar y huele a especias.



Eso es lo que más nos gusta a mi tío y a mí. Descubrir las ciudades juntos. Después, cuando se va a ensayar, yo paso muchas horas sola. Eso ya no me gusta tanto.

16 Mi tío se puso rojo de la emoción. Tiró de mi chaqueta y me señaló un tulipán. Yo asentí. Era muy bonito. Encontramos más, muchos, en las plazas y en las ventanas. También gatos. Estambul está lleno de tulipanes y de gatos.

—¿Sabes que hubo un sultán de los tulipanes? —dijo mi tío.

Yo no lo sabía. Él me explicó que al sultán Ahmed III lo llamaban así porque durante su reinado se puso de moda el cultivo de los tulipanes. Había una verdadera fiebre por los tulipanes. Se pagaban cantidades extraordinarias por algunos ejemplares. Más que por un diamante. Más que por el oro.

—Y no me extraña —dijo mi tío, que le encantan los tulipanes.

—¿Y también hubo un sultán de los gatos? —pregunté interesada.

—Eso no.

—Lástima.

—Pero hubo una reina mora de los gatos. Se llamaba Anita —dijo mi tío en broma—. Y era la sobrina del sultán tulipán. ¿Sabes dónde vivían?

—No.

—En el palacio de Topkapi. ¿Quieres ir?

17

—¡Claro!

Y fuimos.

El palacio de Topkapi está lleno de mármoles, de azulejos y de grandes espacios.

—¡Oh, oh! —dijo mi tío.

Y se puso a bailar. Eso le pasa siempre. Cuando vamos a un sitio con un gran espacio, se pone a bailar. No puede evitarlo.

—Estás llamando la atención, tío —le dije.

Pero le dio igual.

A mi tío le gusta llamar la atención. Al menos cuando baila. Luego es muy tímido. Se sonroja y dice:

—¡Vámonos, Anita!

Y tenemos que echar a correr, perseguidos por alguien. Un guardia, un hombre con bigote, una turista enamorada.

Esta vez fue la guardia turca. Pero no corrimos. Mi tío dijo:

—¿No ven que soy el sultán tulipán y que ella es la reina mora de los gatos?

18 Los guardias se miraron desconcertados. Entonces sí corrimos.

Cuando llegué al hotel, tenía una sorpresa. Una caja de cartón.

—Es para ti —dijo mi tío, aguantándose los nervios—. Para que no estés sola cuando estoy en los ensayos.

La abrí excitada. Ya sabía lo que había dentro. Lo oía maullar.

Sí, era un gato. Bueno, una gata peluda y blanca, y la llamé Reina Mora.

Aquella noche, la actuación de mi tío en el teatro fue un éxito. El público aplaudió tanto que todos tenían las manos rojas. Le lanzaron muchos tulipanes. Tulipanes papagayo, tulipa-

nes de flor de lirio, tulipanes viridiflora y tulipanes Rembrandt. En verdad mi tío parecía el sultán de los tulipanes.

Él cogió uno amarillo y me lo lanzó. Lo recogí acalorada. Reina Mora ronroneó escondida en mi chaqueta. Hay que ver qué bonitos son y qué bien huelen los tulipanes amarillos. No me extraña que pagaran tanto por ellos.

Pero este era solo mío. Y de Reina Mora.